

parte no mentía, que no sería fácil reparar la pérdida de tal hombre. Cuando ya Jeffreys se encontró convaleciente prometió ayudar á los dos partidos rivales, esperando á ver cuál de los dos saldría victorioso. Aun existen algunas pruebas curiosas de este doble trato. Ya se ha dicho que los dos agentes franceses, á la sazón residentes en Londres, se habían repartido la corte de Inglaterra. Bonrepaux estaba constantemente con Rochester, al paso que Barillon vivía con Sunderland; y de este modo Luis XIV, en la misma semana, era informado por Bonrepaux de que el Canciller estaba unido al Tesorero, y por Barillon de que el Canciller había formado liga con el Secretario (1).

## XXXII.

## GODOLPHIN Y LA REINA.—AMORÍOS DEL REY.

Godolphin, precavido y taciturno, hacía lo posible por mantenerse neutral. Sus opiniones y deseos estaban indudablemente con Rochester; pero los deberes de su empleo le obligaban á estar constantemente cerca de la Reina, y, como es natural, no quería por nada del mundo indisponerse con ella. Hay, sin embargo, algún fundamento para creer que la miraba con adhesión más romántica de la que suele encontrarse en el corazón de los políticos veteranos, y las circunstancias que es ahora preciso relatar, habían

(1) Reresby, *Memorias*; Luttrell, *Diario*, febrero 2, 1635-86; Barillon, febrero 4 (14), enero 23 (febrero 7); Bonrepaux, enero 25 (febrero 4).

arrojado á la Reina completamente en brazos de la cábala jesuítica (1).

A pesar del carácter serio del Rey y de la gravedad de su porte, era casi tan susceptible á la influencia de los atractivos femeniles como su alegre y amable hermano. Ciertó que no necesitaba Jacobo aquella perfecta belleza que distinguía á las favoritas de Carlos. Bárbara Palmer, Leonor Gwyn y Luisa de Querouaille, eran contadas entre las mujeres más hermosas de su tiempo. Jacobo, cuando joven, había perdido su libertad, había descendido de su rango é incurrido en el disgusto de su familia á causa de las vulgares facciones de Ana Hyde. Muy pronto, sin embargo, con gran diversión de toda la Corte, había sido infiel á su no muy bella consorte por una favorita aún más fea, Arabella Churchill. Su segunda esposa, aunque veinte años más joven que él, y de agradable rostro y simpática figura, tenía razón para quejarse con frecuencia de su infidelidad. Pero de todas sus relaciones ilícitas, ninguna alcanzó la importancia de sus amores con Catalina Sedley.

## XXXIII.

## CATALINA SEDLEY.

Era hija de sir Carlos Sedley, uno de los ingenios más brillantes y de los hombres más disolutos de la

(1) Véase la nota de Darmouth sobre Burnet, I, 621. En una sátira de la época hácese notar que Godolphin  
Beats time with politic head, and all approves,  
Pleased with the charge of the queen's muff and gloves.

Lleva el compás con su cabeza de político, y da á todo su aprobación, contentándose con tener á su cargo el manguito y los guantes de la Reina.

Restauración. No basta á excusar la licencia de sus escritos la gracia y vivacidad de que dan muestra; pero el mágico encanto de su conversación era reconocido aun por personas graves que le censuraban por su conducta. Sentarse cerca de él en el teatro y oír sus ocurrencias en los estrenos, era mirado como un privilegio (1). Dryden le había honrado haciéndole el interlocutor principal en su *Diálogo sobre la poesía dramática*. La inmoralidad de Sedley era tal, que aun en aquel siglo producía gran escándalo. En una ocasión, después de una espantosa orgía, se presentó completamente desnudo en el balcón de una taberna cerca de Covent-Garden, arengando á los transeuntes en lenguaje tan indecente y profano, que descargaron sobre él una lluvia de piedras, y tuvo que meterse dentro en seguida. Fué perseguido luego por desacato, sentenciado á pagar una multa cuantiosa y reprendido por el tribunal del Banco del Rey en los términos más duros (2). Su hija había heredado las prendas de su ingenio, juntamente con su falta de decoro. No tenía atractivos personales, á excepción de la extraordinaria brillantez de sus ojos, que á personas de gusto delicado parecía salvaje y varonil. Era delgada, y su fisonomía dura y nada amable. Carlos, aunque gustaba de su conversación, se burlaba de su fealdad, y decía que los curas debían habérsela recomendado á su hermano por vía de penitencia. Bien sabía ella que no era hermosa, y con gran desenfado hacía donaire de su falta de belleza, á pesar de lo cual por una extraña contradicción gustaba de adornarse magníficamente, y muchas veces era objeto de las más picantes burlas al presentarse en el teatro y en la corte

(1) Pepys, oct. 4, 1664.

(2) Pepys, jul. 1.º, 1663.

muy pintada y compuesta, vestida de encajes de Bruselas, resplandeciente de diamantes y afectando la gracia de los diez y ocho años (1).

No es fácil explicar la índole de la gran influencia que ejerció sobre Jacobo. El Rey no era ya joven, era además muy religioso, ó al menos mostrábase siempre dispuesto á hacer ejercicios piadosos y penitencias que la gran mayoría de cuantos se llaman devotos no se atreverían á hacer. Extraño parece que haya habido atractivos capaces de hacerle abrazar un método de vida que debía ser á sus ojos muy criminal, y esta es precisamente la dificultad, porque nadie sabía en qué podía consistir tan gran atractivo. La misma Catalina estaba asombrada de la violencia de su pasión. «*No puede ser mi belleza, decía, pues debe haber visto que no soy hermosa; y tampoco puede ser mi ingenio, porque no tiene él bastante para conocer que lo tengo.*»

En el momento de subir al trono, la idea de la nueva responsabilidad que pesaba sobre él inclinó su mente por algún tiempo tan sólo á las ideas religiosas: formó y anunció muy buenas resoluciones; habló con gran energía en público de las impías y licenciosas costumbres de la época, y en particular aseguró á la Reina y á su confesor que no volvería á ver á Catalina Sedley. Escribió á su dama suplicándole abandonase las habitaciones que ocupaba en Whitehall, y se fuese á vivir á Saint James Square á una casa que había hecho amueblar lujosamente á sus expensas, al mismo tiempo que le prometía una espléndida pensión de su bolsillo particular. Catalina, que era mujer de talento, enérgica, intrépida, y que tenía conciencia de su poder, se negó á salir de la corte. Algunos meses después empezó á

(1) Véanse los versos satíricos que le dedica Dorset.

susurrarse que nuevamente se acudía á los servicios de Chiffinch, y que la favorita pasaba con frecuencia por la puerta secreta que había servido al padre Huddleston para llevar la hostia al lecho de muerte de Carlos II. Los Ministros protestantes del Rey, según parece, esperaban que el capricho de su amo por aquella mujer sería tal vez parte á distraerle de otro empeño más pernicioso, cual era atacar la religión anglicana. Tenía Catalina todos los talentos necesarios para jugar con los sentimientos del Rey, para ridiculizar sus escrúpulos y hacerle ver con toda claridad las dificultades y peligros á que corría ciegamente.

## XXXIV.

## INTRIGAS DE ROCHESTER EN FAVOR DE CATALINA SEDLEY.

Rochester, campeón de la Iglesia anglicana, trataba de asegurar la influencia de la favorita, y Ormond, á quien vulgarmente se mira como personificación de cuanto hay de más puro y elevado en el caballero inglés, le alentaba en sus designios. Ni aun lady Rochester se avergonzaba de cooperar, empleando para ello los peores medios. Reducíase su papel á encaminar los celos de la ofendida esposa contra una joven dama que era completamente inocente. Toda la Corte advirtió la frialdad y dureza con que trataba la Reina á la pobre doncella en quien habían recaído sus sospechas, pero la causa del mal humor de S. M. era para todos un misterio. Por algún tiempo continuó la intriga prósperamente en medio del más profundo secreto. Catalina con frecuencia decía al Rey con la mayor naturalidad

lo que los lores protestantes del Consejo solo se atrevían á indicar de un modo encubierto. Su corona estaba en peligro; el viejo chocho de Arundell y el charlatán de Tyrcónnel le llevarían á su ruina. Es posible que las caricias de la favorita hubieran conseguido más que las exhortaciones de los Lores y los Comunes, de la casa de Austria y la Santa Sede, á no ser por un extraño suceso que cambió por completo el aspecto de los negocios. Jacobo en un arrebató de ternura determinó hacer á su dama condesa de Dorchester por derecho propio. Catalina, á quien no se ocultaba el peligro de tal medida, renunció al envidiado honor; pero su amante era obstinado y la obligó á aceptar, poniéndole en las manos el título. Ella por fin se decidió á complacerle con una condición, que muestra hasta dónde llegaba la confianza que tenía en su poder y en la debilidad del Rey. Hízole, pues, prometer solemnemente, no que nunca la abandonaría, sino que caso de hacerlo, él mismo le anunciaría su resolución y le concedería una entrevista de despedida.

Tan pronto cundieron las nuevas de su elevación, todos en palacio se escandalizaron. La ardiente sangre de Italia hervía en las venas de la Reina. Orgullosa de su juventud y sus encantos, de su alto rango é inmaculada castidad, no podía sin que la ahogasen la angustia y el furor verse abandonada é insultada por semejante rival. Rochester, recordando tal vez cuán pacientemente, tras una breve lucha, había consentido Catalina de Braganza en tratar á las damas de Carlos con cortesía, no dudaba que, después de algún tiempo consagrado á las quejas y lamentos, María de Módena aparecería igualmente sumisa. Mas no fué así: ni siquiera intentó ocultar á los ojos del mundo la violencia de sus emociones. Día tras día, los cortesanos que asistían á su cámara durante la comida

observaban que los platos volvían de la mesa sin que la Reina los hubiese gustado. Corría el llanto por sus mejillas, sin que ella tratase de ocultarlo, á presencia de todo el círculo de Ministros y Embajadores, y al Rey le hablaba con extraña vehemencia. «Dejadme ir; habéis hecho condesa á vuestra manceba; hacedla también Reina. Colocad mi corona en su cabeza; yo solo quiero ir á ocultarme en un convento donde nunca más vuelva á verla.» Y entonces, serenándose un tanto, le preguntaba cómo podía conciliar su conducta con los principios religiosos de que hacía alarde. «Estáis pronto, le decía, á arriesgar vuestro reino por atender á la salvación de vuestra alma, y sin embargo no teméis arriesgarla y perderla por esa mujer.» El padre Petre, postrado de hinojos, secundaba las quejas de la Reina. Su deber le ordenaba hacerlo así, y ciertamente no mostraba la menor negligencia en su cumplimiento, porque en esta ocasión su deber y sus intereses estaban de acuerdo. El Rey continuó por algún tiempo sucesivamente pecando y arrepintiéndose. En las horas de remordimiento se imponía severas penitencias. María conservó hasta el fin de su vida, y al morir lo legó al convento de Chaillot, el azote con que el Rey la vengaba rigurosamente de sus infidelidades en las propias espaldas. Sólo la ausencia de Catalina podía poner término á esta lucha entre un amor innoble y una innoble superstición. Jacobo le escribió implorándola y suplicándola que se fuese. Declaraba que había prometido despedirla en persona; «pero sé muy bien, añadía, el poder que tenéis sobre mí. No tengo bastante fuerza de voluntad para llevar á cabo mi resolución si llego á veros.» Ofrecíale también un yacht para conducirla dignamente y con toda comodidad á Flandes, amenazándola que si por buenas no quería irse, sería expulsada

por la fuerza. Excusóse ella al principio, con el fin de ganar tiempo, diciendo que estaba enferma. Luego, echándose de mártir, se proclamaba con la mayor desvergüenza víctima por defender la religión protestante; y continuando en su nuevo papel, adoptó nuevamente el estilo de Juan Hampden, desafiando al Rey á que la hiciese partir, dispuesta á sostener su derecho contra él. Mientras la Magna Carta y el *Habeas Corpus* continuasen siendo el Código del país, viviría donde fuese su voluntad, «y en Flandes, exclamaba, nunca. He aprendido de mi amiga la Duquesa de Mazarino una máxima, y es no fiarme nunca de un país donde haya conventos.» Por fin eligió Irlanda como lugar de su destierro, probablemente por estar allí de virrey el hermano de su protector Rochester. Últimamente, después de muchas dilaciones, se puso en marcha, dejando la victoria á la Reina (1).

La historia de tan extraordinaria intriga quedaría incompleta si no agregáramos que aun existe una meditación religiosa de puño y letra del Tesorero, escrita en el mismo día en que el proyecto de su tentativa de gobernar al Soberano, valiéndose de la concubina, era comunicado por Bonrepaux á la corte de Versalles. No hay composición de Ken ó Leighton donde respire más ferviente espíritu y exaltada piedad que en esta expansión de su alma. Ni puede atribuirse á hipocresía, porque el papel evidentemente

(1) Los principales materiales para la historia de esta intriga son los despachos de Barillon y Bonrepaux de principios de 1686. Véase Barillon enero 25 (feb. 4), enero 28 (feb. 7), feb. 1.º (11), febrero 8 (18), 19 (29) y Bonrepaux en las cuatro primeras fechas. Evelyn, *Diario*, enero 19; Reresby, *Memorias*; Burnet, 1, 682; MS. de Sheridan; MS. de Chaillot; *Despachos* de Adda, de enero 22 (febrero 1.º) y enero 29 (feb. 8), 1686. Los escritos de Adda revelan en él al hombre piadoso, pero débil é ignorante. Según parece, no conocía la vida anterior de Jacobo.

iba encaminado á servir al propio autor, y, en efecto, no se publicó hasta más de cien años después de su muerte. Hasta tal punto es la historia más extravagante y rara que la ficción, y tan cierto es que la naturaleza tiene caprichos que el arte no se atreve á imitar. Casi puede asegurarse que ningún autor dramático se atrevería á presentar en la escena un príncipe de carácter grave, pasada ya la juventud, pronto á sacrificar su corona á fin de servir los intereses de su religión, infatigable en hacer prosélitos, y, sin embargo, abandonando é insultando á su esposa resplandeciente de juventud y belleza, por una despreciable manceba vieja y fea; y menos aún, si es posible, se atrevería un autor á presentar un hombre de Estado que se rebajara hasta el infame y vergonzoso oficio de tercero, que solicitase ayuda de su esposa en tan vil empresa, y que, sin embargo, en sus horas de ocio, retirándose á su gabinete y levantando allí secretamente su alma á Dios, dejase correr por sus mejillas el llanto del penitente al mismo tiempo que de sus labios brotaban súplicas piadosas (1).

(1) La meditación está fechada á 25 de enero (4 de febrero) de 1685-86. Bonrepaux, en su despacho del mismo día, dice: «L'intrigue avoit été conduite par milord Rochester et sa femme... Leur projet étoit de faire gouverner le Roy d'Angleterre par la nouvelle comtesse. Ils s'étoient assurés d'elle.» Mientras Bonrepaux se expresaba de este modo, Rochester escribía lo que sigue: «Oh Dios, enséñame á contar mis días, á fin de que pueda inclinar mi corazón á la sabiduría. Enséñame á contar los días que he pasado en vanidad y ocio, y los que consagré al pecado y la maldad. Enséñame también, oh Dios, á contar los días de mi aficción y á darte gracias por cuanto he recibido de tu mano. Enséñame también á contar los días de mundana grandeza, de la cual me ha tocado tan gran parte, y enséñame á mirarlos como días de vanidad y tormento para mi espíritu.»

## XXXV.

## ROCHESTER EN DESGRACIA.

Pronto vió el Tesorero que, al acudir á escandalosos medios para llegar á un fin laudable, había cometido no sólo un crimen, sino una locura. La Reina era actualmente su enemiga. Cierto que aun afectaba escuchar con cortesía á los Hydes, cuando éstos trataban de excusar lo mejor que podían su conducta reciente, y aun, si la ocasión se ofrecía, no reparaba en emplear su influencia en favor de ellos. Pero no hubiera sido mujer, si realmente hubiera perdonado la conspiración tramada contra su dignidad y la dicha de su hogar por la familia de la primera esposa de su marido. Los jesuitas hacían presente al Rey, con gran vehemencia, el peligro de que tan difícilmente había logrado escapar. Su reputación, decían, la paz de su espíritu, la salvación de su alma, habían estado en peligro por las maquinaciones de su primer Ministro. El Nuncio, que de buena gana hubiera contrarrestado la influencia del partido violento cooperando con los individuos del Gabinete, no podía honrada y decorosamente separarse en esta ocasión del P. Petre; y el mismo Jacobo, cuando ya el mar le separaba de los encantos que con tal fuerza le habían fascinado, no podía menos de mirar con resentimiento y desprecio á aquellos que intentaron gobernarle valiéndose para ello de sus vicios. Lo que había pasado debía contribuir á aumentar su estimación por la Iglesia católica, rebajando á sus ojos la anglicana. Los jesuitas, á quien era entonces moda repre-

sentar como los guías más perniciosos y hábiles, como sofistas que habían llevado al último grado de refinamiento todo el sistema de la moral evangélica, como vividores que principalmente debían su poderío á la indulgencia con que trataban los pecados de los grandes, le habían apartado de la senda de perdición acudiendo á reprensiones tan duras y atrevidas, como las que David había oído de boca de Natán y Herodes de la del Bautista. Por otra parte, los celosos protestantes, cuyo tema favorito era la laxitud de los casuistas católicos, y la infamia de aquel principio que permite hacer el mal para que pueda venir el bien, habían intentado obtener ventajas para su Iglesia de una manera que todos los cristianos consideraban altamente criminal. Era, pues, completa la victoria de la cábala de los malos consejeros. El Rey empezó á tratar con frialdad á Rochester. Pronto advirtieron los cortesanos y los ministros extranjeros que el lord Tesorero era sólo de nombre primer ministro. Continuaba asistiendo al Consejo diariamente, y tenía la mortificación de ver que diariamente eran rechazados sus consejos. Y, sin embargo, no se decidía á renunciar á la exterior apariencia de poder y á los emolumentos que directa é indirectamente derivaba de su alto empleo. Hizo, pues, lo posible por ocultar á los ojos del público los desprecios de que era objeto. Pero la violencia de sus pasiones y su habitual intemperancia no le hacían apto para el disimulo. Sus tristes miradas al salir de la cámara del Consejo mostraban cuán disgustado debía estar por lo que había pasado en la mesa, y cuando las botellas corrían libremente, se le escapaban algunas palabras que indicaban su desazón (1).

(1) «Je vis milord Rochester comme il sortoit du conseil fort

Y bien podía estar descontento: unas á otras, sin interrupción, sucedíanse indiscretas é impopulares medidas con gran rapidez. Habíase abandonado toda idea de volver á la política de la triple alianza. El Rey declaró explícitamente á los embajadores de las potencias que últimamente habían tratado de hacerle su aliado, que sus opiniones habían sufrido gran cambio y que Inglaterra continuaría del mismo modo que en tiempo de su abuelo, de su padre y de su hermano, sin tomar parte en la política europea. «*Las circunstancias no me permiten*, decía al embajador español, *ocuparme de lo que suceda en el exterior. Estoy resuelto á dejar que los asuntos extranjeros sigan su curso, á establecer mi autoridad en el Reino y hacer algo en favor de mi religión.*» Algunos días después anunciaba las mismas intenciones á los Estados Generales (1). Desde aquel tiempo hasta el final de su ignominioso reinado no hizo ningún esfuerzo digno de nota por sacudir el yugo del vasallaje, aunque hasta lo último no pudo nunca oír sin sentirse arrebatado de furor que la gente le llamase vasallo. Los dos acontecimientos que públicamente demostraron que Sunderland y su partido habían quedado victoriosos, fueron la suspensión de las sesiones del Parlamento desde febrero hasta mayo, y la salida de Castelmaine para Roma con el sueldo de embajador de primera clase (2).

Hasta aquí, todos los asuntos del Gobierno inglés en la corte pontificia habían estado á cargo de Juan

chagrin; et, sur la fin du souper il lui en échappe quelque chose.» Bonrepaux, febrero 18 (28), 1686. Véase también Barillon, marzo 1.º (11) y 4 (14).

(1) Barillon, marzo 22 (abril 1.º), abril 12 (22), 1686.

(2) *Gaceta de Londres* de 11 de febrero de 1685-83; Luttrell, *Diario*, 8 de febrero; Leeuwen, febrero 9 (19); Clarke, *Vida de Jacobo II*, II, 75. *Memorias originales.*

Caryl. Era conocido este caballero entre sus contemporáneos por sus riquezas y elegancia, y era además autor de dos piezas, que habían sido muy bien recibidas; de una tragedia en verso, que había hecho muy popular el representarla Betterton; y una comedia, que debe todo su valor á escenas tomadas de Molière. Hace ya mucho tiempo que nadie se acuerda de estas piezas; pero lo que Caryl no pudo hacer por sí mismo, lo hizo por él un genio mucho más poderoso. Medio verso en el *Bucle robado* ha hecho su nombre inmortal.

Caryl, que, como todos los demás católicos de cuenta, era enemigo de medidas extremas, había desempeñado su delicada misión en Roma con muy buen sentido y laudables deseos. Cumplió bien la misión que le fuera confiada; pero no tenía carácter oficial, y cuidadosamente evitaba toda ocasión de presentarse con aparato. Su embajada, por tanto, costaba muy poco al Gobierno, y apenas excitó leves murmullos. En cambio, actualmente, y obrando con la mayor indiscreción, iba á ser reemplazado por una costosísima y ostentosa embajada, ofensiva en el más alto grado al pueblo inglés y en manera alguna bien recibida por la corte de Roma. Castelmaine llevaba también el encargo de solicitar el capelo cardenalicio para su confederado el Padre Petre.

## XXXVI.

## CONDUCTA DE JACOBO II CON LOS HUGONOTES.

Por este mismo tiempo empezó el Rey á dar inequívocas muestras de los sentimientos que realmente le animaban para con los desterrados hugonotes. Mien-

tras aun había esperado atraer el Parlamento á la sumisión y llegar á ser jefe de una coalición europea contra Francia, había fingido censurar la revocación del edicto de Nantes y compadecer á los infelices á quienes la persecución había arrojado de su patria. Había hecho anunciar que en todas las iglesias del Reino se haría una colecta bajo su protección para socorrer á los desterrados, y con tal objeto se había publicado una proclama, redactada en términos que hubieran lastimado el orgullo de cualquier soberano menos sensible y vanaglorioso que Luis XIV. Mas al presente se operó un cambio completo. Los principios del tratado de Dover fueron nuevamente la base de la política extranjera de Inglaterra. Hubo además vehementes disculpas por la descortesía con que el Gobierno inglés había obrado respecto de Francia al acoger favorablemente á los desterrados franceses (1). Recogióse la proclama que había disgustado á Luis XIV, se amonestó á los ministros hugonotes á hablar con reverencia de su opresor, en el púlpito, amenazándoles con que, de no hacerlo así, su seguridad corría peligro. Jacobo, no sólo cesó de manifestar conmiseración por aquellos infelices, antes bien declaró creerlos capaces de albergar los peores designios, confesando que había cometido error al tratarlos bien anteriormente. Uno de los refugiados más eminentes, Juan Claude, había publicado en el Continente un pequeño volumen, donde se describían con gran energía los sufrimientos de sus hermanos. Barillon pidió que se entregase el libro á la pública execración, y Jacobo, deseoso de complacerle, declaró en pleno Consejo ser su voluntad que el libelo de Claude fuera quemado por mano del verdugo frente á la Bol-

(1) Leeuwen, feb. 23 (marzo 5), 1686.